

DE BUENAS LETRAS

El bosque de los mitos

LUIS ALBERTO DE CUENCA

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

El bosque de toda la vida, nuestro bosque de siempre, es aquel en que Pulgarcito pugna por no perderse, Caperucita Roja se encuentra con el lobo, y los míticos Hansel y Gretel son sometidos a una cura de engorde por una bruja antropófaga que vive sola en una apetitosa casita de chocolate y caramelo. Todos esos personajes, más o menos folclóricos, derivan de nuestros primitivos, y siempre actualizados, terrores hacia el bosque. Son la metáfora de nuestra desazón ante el pavoroso conglomerado vegetal que constituye la razón de ser de ese «sitio poblado de árboles y matas» que es el bosque (según el 'Diccionario' de la Real Academia Española). Los hilos de Ariadna que tenemos para no sucumbir frente al laberinto. Los testigos privilegiados de nuestra indefensión ante la diversidad de un follaje que cierra paso al sol y nos aleja de las certezas y las claridades.

El maestro Cirlot habla del bosque en su celeberrimo 'Diccionario de símbolos', comentando que ocupa un lugar muy caracterizado dentro del simbolismo general del paisaje y que aparece reiteradamente en los mitos y cuentos populares. En efecto, no hay

'Märchen' ni 'folktale' que deje de aludir al bosque como escenario de carácter iniciático donde acontecen las transformaciones de los distintos personajes. Recuerden, por ejemplo, el bosque en el que Shakespeare sitúa la acción de su inmortal comedia 'El sueño de una noche de verano'. Todo es posible en ese bosque arcaico, poblado al mismo tiempo por criaturas feéricas y por seres humanos, que genera continuas e hilarantes confusiones y que está situado más allá del espacio y al margen del tiempo, operando a su antojo en sus pobladores a través de los sueños, que es lo mismo que decir a través de la libertad, solo posible cuando uno se abandona sin reservas en los gélidos brazos de Morfeo.

Es evidente la complejidad del símbolo 'bosque', aunque todos sus planos de significado confluyen en uno: el principio materno y femenino. En el bosque domina la vida vegetal salvaje, descontrolada, en expansión, dándonos una muestra de los límites de barbarie a que puede llegar nuestra madre Naturaleza cuando se complace en regurgitar el aprendizaje en las aulas del 'logos' y combate la luz del sol desde su oscura residencia en el país del 'mythos', donde tiene su asien-

to el inconsciente, que está asociado indisolublemente al principio femenino. Carl Gustav Jung afirma que los terrores emanados del bosque, tan frecuentes en los cuentos infantiles de todo el orbe, simbolizan el carácter devastador de la razón que caracteriza el inconsciente, fuente perpetua de peligros ocultos de toda índole, en contraposición con la seguridad que aportan la ciudad, la casa y el campo de cultivo. Todo ello explica por qué el bosque fue el primer lugar consagrado al culto de los dioses, el templo originario en el que se empezó a celebrar y a convocar lo numinoso.

José Antonio Pérez-Rioja, en su 'Diccionario de símbolos y mitos', insiste en la misma caracterización simbólica del 'bosque'. Según él, los bosques sagrados serían los primeros templos que utilizaron los humanos, razón que justificaría el hecho de que aparezcan tan a menudo en el folclore. El bosque corresponde –ya lo he dicho– al principio materno y femenino y, por lo tanto, al reino de la noche. Junto con la caverna, es el lugar idóneo para dejar huella en la imaginación del hombre, siempre dispuesto a horrorizarse o a maravillarse ante la espesura de una vegetación boscosa. El bosque representa la oscuridad, pues entre su follaje se oculta el sol, del que es contrafigura terrestre («que el sol no halla paso a la verdura», dice Garcilaso describiendo el 'locus amoenus' donde se desarrolla su 'Égloga III'), porque el bosque es la tierra que el sol no llega a fecundar nunca, la selva sin atributos civilizadores que a veces –como en la 'Commedia' de Dante– comunica directamente con el infierno.